

VOLVER PARA CONTARLO

UNA HISTORIA LITERARIA DEL VIAJE.

DE ULISES Y MARCO POLO

A LA CARRERA ESPACIAL

ANDREA
CALAMARI

PAIDÓS

Ces Glaces ont paru avoir 2 à 390 pieds de haut. Et depuis une demie lieue jusqu'à 2 ou 3 li. de tour.

ANDREA CALAMARI

VOLVER PARA CONTARLO

Una historia literaria del viaje.
De Ulises y Marco Polo a la carrera espacial

PAIDÓS

ÍNDICE

Las mil y una formas de contar el mundo, por Matías Bauso	15
Punto de partida	23
Lo que hay en este libro	25
No había que inventar nada	35
Acá no hay nada para ver - La pampa es un punto de vista.	37
Con fines exploratorios - Donde ayunó Juan Díaz de Solís y los indios comieron	39
No habría adelantado mucho - Kafka y la muralla infinita	43
El tiempo es otra parte - Los narradores se alejan de la cueva.	44
Signos en la arcilla - Lo que hay detrás del libro más antiguo	46
Aquel que todo lo ha visto - El viaje de Gilgamesh.	48
Lo que hay en Gilgamesh	51
No quedó nadie excepto yo - Una historia de naufragos	52
El éxodo - Moisés guía a los judíos por el desierto	53
Los caminos de Ulises: el tour de la <i>Odisea</i>	58
No importa si no los leímos - Todos conocemos la <i>Ilíada</i> y la <i>Odisea</i>	59
Nadie puede escapar a su destino - Lo que dictan las musas y el cerdo de Aquiles	61
Arde Troya - La idea del caballo	65
Andar errando - La odisea de Odiseo.	67

ÍNDICE

Lo que hay en la <i>Odisea</i>	71
En este viaje a ciegas - El diario de Jonas Mekas	72
El ardiente deseo de conocer el mundo - Odiseo se convierte en Ulises	73
Que el camino sea largo - Cavafis: el trayecto le gana al destino	75
 Los confines	 77
No puedo imaginar nada - <i>El corazón de las tinieblas</i>	79
Las formas del infierno - Conrad y Dante	82
Competir con una obra de imaginación - Hemingway va de caza	84
Lo que hay en <i>Verdes colinas de África</i>	86
Expediciones <i>bushcraft</i>	87
Lo difícil no es viajar - En busca del hombre blanco	88
Antes muerta que con pantalones - La reina blanca del África ...	89
A lo mejor siguen peregrinando todavía - Una ciudad se pierde en el mar	91
Hablar por hablar - Los libros de Heródoto	93
No hay tierra más allá - El periplo griego	95
La Atlántida y los atlantólogos - La búsqueda del reino perdido	97
El fin del mundo - Las columnas de Hércules	99
Finisterre - La ciudad al final del camino	101
La novela de Alejandro - Encontrar el lugar donde sale el sol y conquistarlo	102
Los viajes de Alejandro de Macedonia	106
Una tierra inagotable - Escritores en la India	107
Intuición, vista y oído de reportero - El aprendizaje de Kapuściński	111
El viaje escrito es materia muy manoseada - Las dudas de Sarmiento	113
Con las ficciones de la fantasía - Verdad y mentira en los relatos	113
Los inventos de Ugolino - El reino del Preste Juan	116

Aprender el miedo	119
Llevar y traer historias - El arte de los fenicios.....	121
Tenían los viajeros una presencia estrafalaria - Los venecianos....	123
El libro de las maravillas - Viajar y volver para contarlo	125
Lo que hay en el libro de Marco Polo.....	129
A aquellos que contemplan las cosas - Ibn Battuta, el Marco Polo musulmán.....	130
La Ruta de la Seda	132
Aquella famosa piedra negra - Cristianos en La Meca.....	133
La geografía de lo sagrado - El mundo de los muertos	135
Un vestido y un amor - Dante conoce a Beatrice	138
Los suspiros de san José - Comerciendo con reliquias	140
La Biblia como guía turística - Seguir el Itinerario	142
Lo que hay en el cuaderno de Egeria	146
Certificado de peregrino - Los 85 huesos del apóstol	147
El Camino de Santiago.....	151
Nada es comparable - La peregrinación laica de Anne Carson....	152
Una caminata existencial - Los pies de Herzog en la nieve.....	153
Sin miedo a parecer tonto - Chéjov va al infierno.....	154
 Andar cerca	 161
Hay lo que hay - Hebe Uhart, viajera de cabotaje.....	163
Sin salir de la puerta - Viajeros inmóviles	165
Porque estaba ahí - Cómo conseguir una vista panorámica.....	169
Los sublimes - El <i>Grand Tour</i>	172
Las vistas son sensacionales - El planeta como espectáculo.....	174
Senderismo alrededor del mundo.....	175
Por fuera del sendero - El arte de perderse.....	176
Todo encima - Lo que nos llevamos.....	176
Un rodeo para encontrarse	177
Como quien se pierde en el bosque - Los paseos de Baudelaire ...	179
Lo que hay el París de Baudelaire	182
Cementerios de París: tour por las tumbas célebres	183
El niño que adoraba los mapas - A Julio Verne no lo dejan viajar	184
El mapa y el territorio - La representación gráfica del mundo....	185
Lo que hay en los mapas medievales	189

ÍNDICE

Darle toda la vuelta.	191
Nada más allá del ecuador - Los portugueses dominan el mar ...	193
Juzgó que la tierra estaba cerca - Los hermanos Pinzón y el almirante.	195
Brevísima relación de la destrucción de las Indias - Un indio para el niño Bartolomé.	202
Bestias en el agua - Los grandes viajes se hacen en barco.	204
Y el mundo se hizo más grande - Darle la vuelta al globo.	207
Crucero alrededor del mundo.	210
El mayor mentiroso de todos los tiempos - La historia de Menocchio.	211
Un ensayo de escritura - Montaigne y los caníbales.	214
La historia del conjurado - El primer gobernador de la Antártida.	216
El gran teatro del mundo - Gabinetes de curiosidades.	221
Lo que hay en el teatro del mundo.	223
Las maneras del marinero - Un viaje a la francesa.	224
<i>You can call me Jimmy Button</i> - Fitz Roy se lleva un indio a Londres.	225
<i>Freak shows</i> - Los zoológicos humanos.	230
Lilliput - Rubén Darío y los enanos de París.	232
Como intentar meter una jirafa en una maceta - Y nace el turismo organizado.	234
Excursión a Tierra Santa, Egipto, Crimea, Grecia y lugares de interés intermedios.	237
Todas las comodidades disponibles - Mark Twain a bordo del crucero.	238
Llegar al <i>jet set</i> - Holiday, o el glamour del viaje.	241
 La casa es un reino vasto.	 245
No había mucho más - Donde nacen el Río de la Plata y Buenos Aires.	247
Lazarillos para ciegos - Guías para viajeros.	251
Diario de marcha - Belgrano, Cortázar y el eterno trayecto corto.	254
La bandera argentina en California - Bouchard, el pirata.	263
El pirata escritor - William Dampier.	265

Catalogar el planeta - La enfermedad de Von Humboldt.	266
Lo que hay en el <i>Cosmos</i>	270
DRD4-7R - El gen viajero.	271
Un proyecto inútil - Lo que Darwin vio en la Patagonia.	271
Corredor histórico de Darwin.	273
Entre el desierto y el mundo - Los americanos.	274
Como si hubieran olvidado el lenguaje escrito - Los viajes de Gulliver.	277
Viajes extraordinarios - El error de cálculo de Phileas Fogg.	280
Los destinos imaginados por Verne - Lo que no está se construye. .	281
Del mundo a las tolderías - La excursión de Mansilla.	282
Lo que hay en <i>Una excursión a los indios ranqueles</i>	285
El inglés y los cautivos - Ingleses para poblar el país.	286
Crisol de razas - Gombrowicz, el inmigrante.	290
Travesía del ilegal.	294
Irse de casa - Las formas del destierro.	295
El mundo de ayer - El exilio de Stefan Zweig.	296
 Los extremos.	 301
Lo que da valor al viaje es el miedo - Destinos peligrosos.	303
Excursión a Chernóbil.	304
Del otro lado está la eternidad - La búsqueda de la hazaña.	305
Mal de altura - El ascenso al Everest.	306
¿Viene de muy lejos? - Los malabarismos de Amelia Earhart. .	311
Los precursores de Robinson - Entre el mar y las islas.	312
Lo que esconden los tesoros - Promesas que son historias.	317
Los aristócratas del sur - Inglaterra quiere la Antártida.	325
La forma más solitaria de pasarlo mal - Scott, Amundsen y la carrera por el polo.	329
Lo que hay en <i>El peor viaje del mundo</i>	338
Los astronautas no cuentan historias - La que viaja es la ciencia. .	339
dearMoon Project.	345
 Fin de viaje.	 347
Lo que no hay en este libro.	349
 Referencias bibliográficas.	 353

PUNTO DE PARTIDA

“Enciclopedias, atlas, el Oriente
y el Occidente, siglos, dinastías,
símbolos, cosmos y cosmogonías”.

JORGE LUIS BORGES

Lo que hay en este libro

La llanura argentina es un lugar liso, sin sorpresas, estéticamente pobre. Un vacío. Acá nací y acá viví siempre. Más allá de unos desplazamientos austeros y puntuales, no me moví de este sitio. Crecí escuchando una afirmación que tenía el carácter de un destino: “Acá donde estamos nosotros, si clavás la punta fija de un compás y hacés una circunferencia a cien kilómetros a la redonda, dentro de ese círculo vas a tener las tierras más fértiles del planeta. Cualquier cosa que vos siembres acá nace. Tirás una semilla y brota”.

¿Por qué dejar semejante prodigio?

Los paisajes ponen a funcionar la imaginación: ¿qué hay del otro lado? No hay turistas acá; la llanura es lugar de paso, un camino recto hasta llegar a alguna ciudad desmesurada. No hay otro lado; lo que ves es lo que es, una nada constante en el horizonte que el ojo autóctono reconoce porque es tan llana como el lugar donde pisa. Me crie acá con la convicción resignada de vivir en un lugar sin paisaje. Para ver paisajes debíamos conducir cinco, seis, siete horas por el terreno perseverante hasta llegar a unas sierras bajas que se alzaban en el horizonte como una promesa.

Miren el paisaje, decía mi papá mientras manejaba. Era una orden. No podíamos, no debíamos desaprovechar los días de veraneo que nos daban la oportunidad de un entorno con relieves. Entonces pegábamos la nariz a la ventanilla. Mirábamos. Disfrutábamos de la vista. Arriba abajo, arriba abajo; el entorno podía sentirse en la boca del estómago y vivíamos quince días de vértigo visual hasta que las vacaciones terminaban.

Otra vez a la llanura, donde no hay nada para ver. En el interior de este lugar que para mí era el mundo, los viajes en busca de algo diferente parecían innecesarios, como deben haberle parecido a los primeros *sapiens* que estaban seguros en sus cuevas. Tenían algo de calor, cierto confort, salían a buscar comida y volvían, hasta que un día, además de las cosas ordinarias, alcanzaron a ver las extraordinarias y despertaron con una sensación nueva. Puede haber algo más, tiene que haber algo más.

¿Por qué no?

Entonces salieron a conocer y volvieron para contarlo. Vieron el mundo, intentaron descifrarlo, dibujaron en las piedras, inventaron símbolos y los dejaron para siempre en tablas, arcilla, cueros, pieles, hojas, papel. Habían creado la literatura, que es capaz de arrancarle al mundo no solo el catálogo sustantivo de las cosas —bestias, carros, lunas, estrellas— sino todo lo que hasta entonces parecía inefable —dioses, amores, miedo, misterio—.

Dieron con el lenguaje y notaron para siempre que eran capaces de ir más lejos.

*

Desde el momento en que el humano es algo más que músculos, piel, pelos, hambre, sudor, quiere conocer y saber qué hay más allá. Somos la única especie que inventó una maquinaria más compleja que el simple desplazamiento: el viaje involucra el cuerpo y la mente, aviva fantasmas, genera preguntas, produce conocimiento.

El que salió a buscar comida y seguridad, después un lugar para vivir, más adelante otro y por fin uno donde asentarse. El que no se conformó con lo que tenía cerca y a la mano y quiso novedades. El que exploró para conocer, para nombrar el mundo y clasificarlo. El que buscó lo que no tenía y cambió mercancías con otros. El que se lanzó a conquistar. El que se desafió a sí mismo para llegar más lejos, más alto, más hondo. El que retó a todos para ser el primero. El que huyó. El que fue obligado a irse. El que salió a dar una vuelta. El que, pretendiendo descifrar el mundo, se encontró a sí mismo.

Viajeros todos.

No alcanza con andar, el viaje es una experiencia diferente porque es además un hecho narrativo: ir a ver cómo está hecho el mundo y volver para contarlo. Dice César Aira:

El problema para el narrador primitivo, cuando quiso contar algo más que una anécdota o una biografía, debe haber sido la falta de términos discretos en la experiencia. En efecto, el continuo de la vida que vivimos no tiene divisiones (o las tiene en exceso). El narrador tuvo que inventar principios y fines que no tenían un correlato firme en la realidad, y eso lo llevó a fantasías o convencionalismos, algunos tan imperdonables como terminar las historias de amor con una boda. Pero ahí estaban los viajes, que eran un relato antes de que hubiera relato: ellos sí tenían principio y fin, por definición: no hay viaje sin una partida y un regreso. La estructura misma del viaje ya es narrativa. Y como salir de la realidad cotidiana ya tiene algo de ficción, no había que inventar nada, lo que permitía inventarlo todo.

Entonces el relato de viaje no es uno más, es una narración que surge —naturalmente— del movimiento porque hay una adecua-

ción entre el objeto y sus mecanismos de representación, entre las cosas y el modo de organizar las palabras. El viaje tiene estructura narrativa: partida, recorrido y regreso son lo mismo que comienzo, nudo y desenlace. Cualquier viaje está organizado como un relato, por eso nadie se resiste a la tentación de contarlo.

Desde que atravesamos el primer umbral, no dejamos de andar y contar. Hay relatos que se perdieron en los pliegues del tiempo y otros que llegaron hasta hoy, historias más o menos reales, más o menos inventadas por aquellos que no pudieron quedarse quietos.

Aira insiste. *La realidad de los viajes es la ficción que los cuenta.*

De todas las estructuras narrativas que los desplazamientos ofrecen, este libro toma la forma del paseo; un recorrido leve, maleable, arbitrario y fragmentado que propone un punto de partida: la casa propia como principio ineludible —fatal— desde el que vemos el mundo.

Hay un espacio pequeño y familiar que conocemos y nos pone a salvo, un mundo que habla en nuestra lengua y nos muestra un rostro reconfortante. También hay otro del que sabemos nada e imaginamos todo. Viajar con los libros es una metáfora tan gastada que ya no puede usarse; eso no la vuelve menos real. De todas maneras, eso no viene de los libros, es algo más antiguo y más profundo, una capacidad de nuestra especie de salirse de sí.

*

Clarice Lispector está yendo en un taxi hacia el hospital donde pronto va a morir. Desde el asiento trasero, y sin advertir que lo hace en voz alta, planea un viaje a París, hasta que la voz del taxista la saca del ensueño.

—¿Puedo ir yo también?

—Por supuesto, y también puede venir su novia.

A diferencia de Lispector y el taxista, no soy capaz de viajar por mí misma con la imaginación, no tengo herramientas propias y necesito de lo que otros han pensado y creado. No lo sabía cuando empecé a leer, lo supe más adelante: la literatura no me lleva a ningún lugar más que a ella misma. Después supe algo sobre la lectura: hay quienes ven escenarios cuando leen, que les ponen caras y voces a los personajes, que se transportan a cada universo narrativo y se sienten ahí. Traté de descubrir, por contraste, qué clase de lectora soy; no puedo dejar de ver letras negras sobre el papel blanco, una detrás de la otra formando líneas, una debajo de la otra, y aun así siento que eso es un mundo.

Cuando dejé el primer refugio, un pueblo como tantos del sur de Santa Fe, me desplazé varios kilómetros por un entorno que seguía siendo tan chato como antes y me instalé en Rosario, contra el Paraná, el camino más directo para salir al mar. Quise saberlo todo. Me inscribí en dos carreras; una la terminé y se convirtió en eje de mi trabajo como docente, y la otra, como una puerta a la literatura. En Letras debía cursar ocho materias en horarios imposibles de combinar con otras actividades, por lo que muy pronto el proyecto se redujo a una sola: Literatura Antigua, la única que no pude soltar. Ahí conocí a Homero. Primero supe que entre la *Ilíada* y la *Odisea* pasaron por lo menos cien años, que a las historias las dictaban las musas y que Homero no era solo un nombre, era también un personaje. En el mismo momento en que me acerqué al primer autor clásico de la literatura, descubrí que era un personaje ficticio. Entonces dejé la carrera para seguir leyendo.

Lo que encerraban esos dos libros lo aprendí después.

Cuando la humanidad se puso a escribir, lo hizo en distintos lugares más o menos al mismo tiempo. Las historias con dioses, diluvios y serpientes se repetían entre los asirios, los egipcios, los hebreos; los griegos hicieron otra cosa: inventaron a Homero, y la literatura se convirtió en lo que es.

Estudié, trabajé, di clases, seguí los pasos de una carrera académica sin dejar de sentir que había algo fuera de lugar, una incomodidad. Llevé las investigaciones una y otra vez hacia lo que hay en los libros, escribí textos preconcebidos por las formas regladas de la universidad, me aburrí de leerme y me di cuenta de que siempre me las arreglaba para volver, arbitraria y anacrónicamente, sobre ese poeta ciego e inmortal que me llevaba a todos los otros. Parte del recorrido ya estaba hecho. Faltaba escribirlo.

*

Borges trama una historia. Comienza con el hallazgo de un manuscrito y después todo se confunde: los hechos, los nombres, los tiempos. Hay jinetes, soldados, desertores, trogloditas, un río secreto y una ciudad de inmortales; hay mesetas y cavernas, pero sigue siendo un universo de libros. Hay un volumen de la *Ilíada* y también una certeza: la originalidad no existe.

Homero compuso la *Odisea*; postulado un plazo infinito, con infinitas circunstancias y cambios, lo imposible es no componer, siquiera una vez, la *Odisea*.

Cualquier persona, en algún momento, puede escribir la *Odisea*. Lo raro sería no hacerlo.

Al final de “El inmortal”, que es un cuento y un viaje por el tiempo, lo único que quedan son palabras: *palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros*. Mientras espero esa ocasión incierta en la que, indefectiblemente, escribiré la *Odisea*, sigo buscando toda clase de objetos literarios que encierran las huellas de historias posibles. Hay algo anacrónico en los viajes y en sus relatos. Fuera del tiempo, también fuera de los géneros; la pregunta por la verdad y la mentira se vuelve vana. Son literatura:

un solo argumento con todas las permutaciones imaginables, con un solo autor, que es intemporal y es anónimo.

Los viajes son uno solo, una única historia que se fue armando con el tiempo. Los nombres que aparecen en cada una de las variantes de ese argumento original —salir, andar, volver— no son seres individuales sino personajes de una trama común. Hay viajes distintos, con y sin regreso, pero no hay viajes que no provoquen relatos: apuntes, notas, crónicas, diarios, cartas, mapas, bitácoras, memorias, catálogos, retratos, estampas, fotos, poemas, novelas, dibujos, semblanzas, comentarios, cuadros, paisajes. Quien viaja deja constancia.

*

Este libro es una lista.

Gueorgui Gospodínov dice que las listas esconden mucho más de lo que aparentan en su estructura sencilla, son *una especie de narración de forma ansiosa*. Cuando es tanto lo que te rodea, cuando la cantidad inconmensurable corre el riesgo de quedar sumergida en el olvido, el que hace listas rescata, con gesto urgente, algunas cosas. Las imprescindibles. *Es una especie de arca de Noé crear una lista*. Frente al tiempo, que es implacable, está la literatura, arca y diluvio a la vez. Todo lo contado y escrito está ahí esperando a ser rescatado del olvido.

Hacemos listas porque no queremos morir. A Umberto Eco también le gusta el vértigo de esa narración aparentemente apresurada por la que se hace comprensible el infinito en el mismo acto de establecer un orden. Las listas en la literatura también comenzaron con Homero. Ahí están los dos grandes modelos, las dos poéticas que rigen a la confección de un listado: una poética del “todo está aquí”, el modelo cerrado, y una poética del “etcétera”, el modelo abierto.

El escudo de Aquiles es un todo cerrado. En el canto XVIII de la *Iliada* la diosa Tetis encarga a Hefesto la construcción de un

escudo para su hijo. La historia sucede en un mundo de dioses así que no debería asombrar la exageración del trabajo: Hefesto acumula en su obra hechos de la historia, hombres, deidades, relatos y personajes. Todo entra en ese escudo; son muchas cosas, incontables tal vez, pero no son infinitas. Es una enumeración exhaustiva, una acumulación desmedida pero también orgánica; hay zonas delimitadas, orden, estructura, niveles, narrativa. Nada escapa por fuera de los límites de esa forma circular. El escudo de Aquiles tenía la función de proteger al más grande de los mortales y por eso es una lista acabada en la que no queda nada por agregar.

El catálogo de las naves, en cambio, es una lista que podría continuar porque responde a la poética del etcétera. En el canto II de la *Ilíada* Homero quiere mostrar al ejército griego que se acerca a Troya con todo su poderío y, como son tantos los hombres, se ve obligado a abreviar: solo enumera las naves y sus capitanes. El resumen le lleva trescientos cincuenta versos. Han quedado fuera del repaso cada uno de los cientos de miles de guerreros que acompañan a cada líder y por eso el catálogo de las naves es una lista abierta, como todas aquellas que no terminan sino que se suspenden por falta de espacio o de tiempo. Ponemos un etcétera, visible o no, al final del compendio cuando se vuelve imposible seguir contando.

Desde entonces la literatura se ha valido del arte de listar. James Joyce enumeró cada uno de los objetos que Leopold Bloom tenía en un cajón de su cocina; David Markson sumó datos sobre la vida y la muerte de escritores, pintores y científicos; Georges Perec registró todo lo que vio pasar delante de sí sentado en una plaza, enumeró los recuerdos de su infancia, los alimentos líquidos y sólidos que tragó durante un año; Sei Shōnagon acumuló cascadas, amores, escenas de lluvia, aversiones y escenas de primavera. Bibliotecas, atlas, mapas y enciclopedias también ordenan el mundo, listándolo.

Además de las formas abiertas y cerradas, Eco dice que hay listas prácticas y listas poéticas. Sabemos por qué hacemos las prácticas: para planear la semana, para armar el equipaje, para hacer cuentas, para ordenar las compras, para no olvidar obligaciones. Las poéticas no tienen razones ni utilidad. Son literatura y nos dejamos llevar por el ritmo de la enumeración, la redundancia, la acumulación, la combinación de palabras.

La forma de este libro es el etcétera. Hay repasos por libros enteros, alusiones veladas, citas exactas y parafraseos; están también las novedades que arroja la web, ofertas turísticas que recogen lo que se ha visto y oído para devolverlo como itinerario. Una acumulación abierta —caprichosa— de viajes y sus relatos. Si tuviera que listar los motivos que llevaron a la incorporación de algunos y no de otros, lo haría de este modo:

Los que me conmueven
 Los legendarios
 Los cercanos
 Los que me buscaron
 Los que se impusieron
 Los presumiblemente primeros
 Los que muestran un personaje ineludible
 Los que abrieron mundos
 Los que cambiaron todo
 Los que tengo en mi biblioteca
 Los que encontré en una mesa de saldos
 Los que estallan en imágenes
 Los que descubrí en la escritura
 Los que me recomendaron
 Los insignificantes
 Los que aparecieron en los pies de página
 Los precursores de un género

Los que permiten hablar de otra cosa
Los que están cargados de detalles
Los luminosos
Los que exceden a su tiempo
Los que dejaron entrever una historia menor
Los que devinieron experiencia turística
Etcétera

Así pasa con el repaso de las cosas del mundo. Amenazados por el infinito, nos quedan dos opciones: redundar en los etcéteras o diseñar una forma.

Todas las listas del etcétera, aunque no lo sepan, aspiran a la forma cerrada. Por eso esta suma de relatos de viajes aspira al libro, un escudo de Aquiles hecho de relatos ajenos.